

El Emperador firmó esta ley bajo la condicion de que solo se aplicaria contra asesinos y bandidos, y aun entonces solo despues de su confirmacion para cada caso. Y aun mas dió órdenes para que á la llegada de semejante noticia, de la que dependia la vida ó la muerte, se le despertase aun á media noche, ó se le interrumpiera en cualesquier negocio importante en el que se encontrase ocupado. El hecho es que bajo la confirmacion del Emperador, selo fueron ejecutados unos cuantos ladrones, los que ya habian sido indultados varias veces, y que la ley que es poco mas ó menos igual á la de Juarez de 25 de Enero de 1862, fué discutida en el consejo de su gabinete, y firmada por todos los ministros.

De qué manera llevó á cabo el Mariscal Bazaine las intenciones del Emperador, esa es otra cuestion aparte, y es muy probable que hizo uso de la ley, que convenia con su gusto y fines, siempre que se le puso, y sin preguntar al Emperador. Sin embargo seria injusto el hacer á este último responsable de las trasgresiones de Bazaine, ó de los franceses, pues no tenia medio alguno en su poder para castigarlos. Bazaine diferenciando una vez de opinion con el Emperador sobre algun punto, le escribió una carta impertinente, y fueron necesarios los esfuerzos mas tenaces del Emperador por mediacion del ministro francés, para inducir al Mariscal á hacer una apología. Las quejas que se hicieron á Paris fueron en vano, el Emperador de los franceses no queria escucharlas; pues imposible seria creer que no podia influir sobre el Mariscal. Los franceses insultaban á los mexicanos de su mismo partido, y trataban á los del opuesto con una crueldad vengadora. Se robaban todo lo de que podian echar mano, y de los empréstitos, solo diez y nueve millones entraron en las arcas del Estado, mientras

que la guerra, segun cálculos de los franceses, costó mas de sesenta millones.

El Emperador Maximiliano tenia que sobrellevar todo el ódio de este mal manejo francés; mas el Emperador de Francia no tuvo escrúpulos en romper los tratados que se habian hecho, puesto que estaba descontento con Maximiliano, el que habia tomado á pecho los alejados planes filantrópicos de Napoleon como sériamente intentados, y se esforzó en llevarlos adelante de la mejor buena fé para provecho de los mexicanos. Napoleon se enfureció al encontrarse con que Maximiliano no le queria secundar en su robo, evitando la cesion de Sonora, la que los franceses creyeron ser ya de ellos; en una palabra, que no entraba en sus miras tocante á México, la que solo consideraba como fácil presa, como medio para reclutar las rentas francesas, y al que intentaba dejar á su ventura despues de haberse atestado de oro suficientemente. Y si no, porqué no sostuvo á los Estados Confederados? El sable de la Francia puesto en la balanza podia haber cambiado el resultado sobremanera; y que Napoleon III no vió la necesidad de ayudar á los Estados Confederados para obtener un éxito duradero en México, nadie lo creerá, aun si él mismo lo dijera. Que le importaba lo que llegaria á ser del Emperador Maximiliano? Para un Napoleon, paises, naciones y pueblos, solo son cuál otras tantas piezas en un tablero de ajedrez; y cualesquier cosa que en la vida es respetada, es para él una cifra en un cálculo. En la alta política que un Napoleon considera ser como provincia suya, su propia persona es su objeto y fin principal, y despues de él, Francia, porque la necesita como su instrumento.

Elafortunado aventurero Napoleon habia colocado para

sus propios fines á un escelente Archiduque austriaco—cuya vasta inteligencia anhelaba un terreno propio de accion— en camino adonde pudiera hacer fortuna, y satisfacer sus proyectos filantrópicos á sus anchas y con un pueblo que ofrecia campo mas vasto que cualesquiera otro para mejora. Si el plan no tuviese éxito, Napoleon se supuso que á lo menos siempre podria zafarse sin perjuicio; y ahora en cuanto á lo que sobreviniera á un Archiduque con ideas liberales, eso le era en extremo indiferente.

Cuando el plan, á causa de los enérgicos despachos de los Estados-Unidos tomó un aspecto inesperado, los franceses creyeron haber hecho bastante con ofrecer al Emperador el viaje á sus lares bajo su proteccion; y se pusieron curiosos con haber él descompuesto ese arreglo con su resolucion de quedarse en México, solo porque no creia reconciliable con su honor colarse de su puesto como un ladron. El honor! Sí, por supuesto eso es una idea infantil que puede hacerse á un lado con un encojimiento de hombros.

Con esta negativa de Maximiliano de cometer una accion deshonrosa, Napoleon se consideraba libre de toda obligacion y tratados.

El Emperador de México fué sacrificado no tanto por sus propias faltas, como por las atrocidades cometidas por los franceses bajo la autorizacion de su Emperador, y por lo que removieron hasta lo sumo el ódio implacable de algunos sanguinarios mexicanos. Cierta es que Juarez fué el hacha que mató á Maximiliano, pero la culpa moral recae sobre Napoleon.

El 13 de Junio temprano por la mañana me vino á ver la princesa á hablarme sobre la fuga del Emperador, que debia efetuarse la noche siguiente. El Emperador habia

escrito dos libranzas por valor de cien mil pesos cada una: el Baron von Lago igualmente las habia firmado á su pedido, y se las habia llevado consigo para que las firmasen los demas ministros. La princesa por consiguiente las esperaba con impaciencia, pues tenia que arreglar el negocio con los dos coroneles, por la tarde. Las firmas de los ministros fueron pedidas por los dos coroneles como una seguridad adicional. Uno de los coroneles fué especialmente diligente, y dijo que entraba en este negocio solo por amor á su único hijo para quien deseaba asegurar una fortuna.

El Emperador habia prestado á mi esposa su anillo con su sello y se convino que le seria devuelto por aquella persona en quien podia tener él confianza.

En esa vez escribí una carta larga al Emperador, en la que espliqué el plan de su fuga, y se la dí á la princesa, pues probablemente no tendria ella tiempo y oportunidad para una conversacion larga. Esta carta fué entregada por el Emperador al Baron Lago, y segun dijo, para probar despues de su muerte, á su familia y otras personas, cuáles habian sido las relaciones entre nosotros y lo que por él habia arriesgado. Estaba patente la intencion del Emperador al hacerlo así, era prepararme una recepcion amistosa en Viena y Bruselas, á mi regreso á Europa; pero esta carta jamas la ha sacado el Baron Lago, y el *encargado de negocios* de Bélgica M. Hooricks me dijo hace solo unas semanas, cuando le ví en Munich, que el Baron Lago habia destruido esa carta al dia siguiente, temeroso que me costara la vida; como si fuera probable que se examinasen las bolsas de los ministros. Pero el Baron Lago es hombre sumamente precavido, especialmente si hay vidas en peligro, de lo que dió otra prueba ese mismo dia.

El Emperador envió al Doctor Basch á ver al digno representante de Austria, para las dos libranzas firmadas por los dos ministros. Cuando el Doctor entró al aposanto y dijo cuál era su negocio, el Baron Lago, encargado de negocios de su Magestad Imperial y Real de Austria, etc. en México, se puso á correr locamente por el cuarto, arrancándose los cabellos y gritando lastimosamente: "No podemos firmarlas! si lo hacemos nos colgarán á todos!"

Los demas ministros estaban menos escitados. Suplicaron al Doctor representara al Emperador, que los dos coroneles, si realmente se hallaban dispuestos á salvarle, ciertamente quedarían satisfechos solo con su firma.

El Baron Lago, que ya habia firmado en presencia del Emperador, cortó el pedazo donde estaba su firma, y el Doctor volvió á ver á su amo con las libranzas mutiladas, y la contestacion de los ministros, describiendo por de contado, la desesperacion del Baron Lago, y su temor de ser colgado.

"Qué importaria," dijo el Emperador Maximiliano, «si le colgaran! El mundo no perderia gran cosa con él.»

El 14 de Junio lleno de ansiedad aguardé toda la mañana noticias de la princesa y se aumentó cuando llegó el medio dia sin haber oido nada absolutamente de ella. Al fin una india me trajo una cartita de ella abierta diciéndome «que tenia que salir al instante para San Luis Potosí; que estaba sumamente afligida con no poderme ver, pero que no estaba en libertad de poderme dar una explicacion.»

Perdiéndome aun en conjeturas con respecto al contenido de esta carta misteriosa, recibí una visita que me dió la clave para este problema. Era un oficial de guardia el que me su-

plicó le siguiera. Me pasó por entre la guardia y á su llamamiento fuimos seguidos por un cabo y tres hombres. Se me condujo dentro de una pequeña capilla situada en el mismo piso y el oficial dijo; «Tengo orden de separar á vd. del resto de los prisioneros. Ya una vez ha puesto vd. planes para la fuga de Maximiliano, y recordará vd. lo que entonces se le dijo. De nuevo ha tratado vd., aunque en vano, cohechar á los oficiales y soldados, y tendrá vd. que sufrir las consecuencias.» Al salir de allí dió instrucciones al centinela que estaba en mi puerta, «de que á nadie se le dejara hablar ó comunicar con el prisionero; ni ha de escribir ni recibir cartas, y el cabo cuarto le traerá sus alimentos.»

La razon del viaje de mi esposa estaba ahora bastante claro. El plan de escape habia de nuevo fracasado, pero por qué no se me debia informar ese dia? La capilla adonde se me habia puesto estaba contigua á un salon donde estaban otros prisioneros de los nuestros. De las puertas que existian y antiguamente separaban estos dos aposantos, solo quedaba la abertura, y cerca de ella estaba el centinela. Frente á la puerta estaba el altar, y á su derecha en un rincon sobre el piso de piedra estaba mi cama, quiero decir una frazada. En la pared á la derecha de entrada una ventana sin armazon que daba á un pequeño patio, el que estaba rodeado por una muralla de quince piés de alto que se comunicaba por medio de una puerta con un pasadizo que daba vuelta alrededor del patio mas grande del convento. Cerca de esa puerta, que casi siempre estaba entreabierta, habia otro centinela al pié de una escalera. La capilla estaba adornada con horribles pinturas al óleo representando algunas de las escenas mas sangrientas de los mártires.

En la mañana del 15 de Junio recibí una visita de uno de los dos coroneles á quien mejor conocia. Mi primer pregunta fué decirle qué tal le iba al Emperador. Y me dijo: «Etá perdido, fuera de toda esperanza.» Tocante al mal éxito de la fuga, supe de él la siguiente cuenta:

«Ni él ni su amigo querian aceptar las libranzas firmadas solo por el Emperador, pues el haberse rehusado los ministros á firmarlas, probaba claramente que el pago era sumamente dudoso. Ambos coroneles tenian familia y si lograban salvar al Emperador tendrian que huirse de su país y vivir en el extranjero. Bajo estas circunstancias requerian precisamente una seguridad incuestionable para poder vivir cómodamente con sus familias en país extranjero antes de embarcarse en tan peligrosa empresa.

El otro coronel, que solo habia sido seducido con la esperanza de asegurar una fortuna para su hijo, recobró sus virtudes republicanas á la faz de una libranza dudosa, y á pesar de haber dado su palabra de honor de que no divulgaría el proyecto á nadie, informó de este á Escobedo, mas sin traicionar á su camarada.

Tal vez parecerá extraño que Escobedo no me tratara con mas severidad despues del descubrimiento de la primera tentativa para la fuga, y que ni aun cumpliera sus siniestras promesas cuando se repitieron mis esfuerzos para de nuevo salvar al Emperador, y lo que ciertamente se hubiera hecho en países mas civilizados. Pero con frecuencia ha ocurrido en estas guerras civiles que generales caen prisioneros en manos de los otros generales, los que tal vez llegaban pronto á ser prisioneros de estos. Tentativas de escape ocurrían frecuentemente, y se les consideraba como muy naturales y perdonables, y no eran castigadas con dema-

siada severidad, para no dar lugar á un precedente que podia tal vez ir en su contra.

El mismo Escobedo en una ocasion habia sido prisionero de Mejía y condenado á ser fusilado por un consejo de guerra: pero no solo le habia ayudado Mejía en su fuga, sino aun le habia proporcionado dinero para ella. Lo que Escobedo esperaba hicieran sus propios amigos en su obsequio, no podia pagar castigando con tanta severidad á los amigos del Emperador, y se limitaba con hacer impracticables esas tentativas.

Cuando el doctor Basch en la mañana anterior venia de visitar á la princesa, á quien habia visto de parte del Emperador, fué arrestado en los momentos que salia de su casa. Momentos despues entró un oficial al cuarto de la princesa la que estaba entonces nada sospechosa, y con política le suplicó que lo siguiera á ver al general Escobedo. El gefe liberal le dijo con tono sarcástico: «Señora, los aires de Querétaro son muy mal sanos; el tifus prevalece ahora. Ademas, hay aquí una atmósfera sumamente peligrosa; y si estuviera tan libre para irme como lo está vd. y no imposibilitado por mis deberes, me marcharia. De todos modos seria mejor para vd. y mucho deseo que salga vd. en el término de dos horas.»

La princesa contestó: «Entiendo á vd. perfectamente, señor general, y veo que todo lo sabe vd., si considera vd. ser un crimen el que tratase de salvar á mi Emperador, y bienhechor de mi esposo, puede vd. castigarme.»

El general salió del cuarto sin decir palabra, y la princesa se volvió á su cuarto.

Poco despues entró sin llamar á la puerta un oficial con el kepí puesto y la espada fajada, y dijo: «Señora, dentro

de diez minutos tiene vd. que ponerse en camino. El coche está á la puerta; alistese vd.» En efecto así era; y cerca del coche habia una escolta de caballería: mi mujer estaba presa. Rogó al oficial le permitiera verme por un momento, pues tal vez seria por última vez en esta vida, pero el oficial contestó: «Que esto era precisamente lo que ne se le permitia hacer.» Al fin, gracias á la intercesion del coronel que á la sozon se hallaba presente y que él despues me refirió todo esto como testigo ocular; el oficial dió el permiso á mi esposa para que me mandara la cartita que recibí por conducto de la india.

Hacia ya tiempo que habian trascurrido los «diez minutos» cuando subió la princesa al coche, seguida de su criada; pero al oír al gefe encomendado dar la órden de dirigirse al cuartel general, de nuevo saltó fuera del coche, y declaró terminantemente que no habia de ver á Escobedo. El oficial insistia en llevar adelante su órden, pero mi mujer insistia en su resolucion.

—Señora, dijo el oficial: estoy de guardia, y por lo tanto tengo que conducir á vd. al cuartel general.

—Lléveme vd. á la prision ó adonde vd. quiera; contestó ella:—Pero lo que es yo no he de ir á ver á Escobedo.

—Señoral contestó el oficial turbado: —repito que estoy de guardia, me obligará vd. á tomar medidas violentas para llevarla á vd. allí.

—De ningun otro modo me podrá vd. llevar á ver á Escobedo, contestó ella.

Como que la escena que pasaba se acercaba á una catástrofe, que no podia menos de originarse á consecuencia del conflicto entre la perseverancia femenina y el deber militar, el coronel en extremo divertido, de nuevo intercedió y

suplicó al oficial se aguardara hasta que hubiera él hablado al general, á quien en seguida fué á ver.

El general se rió y dijo que preferiria mas bien pararse ante un batallon Imperial, que hacer frente á la cólera de la princesa Salm, y ordenó se la llevaran al momonto al lugar convenido.

Acompañada por una escolta de caballería, se dirigió á santa Rosa, pueblo al pié de la Sierra Gorda, y adonde se le puso en libertad; pero se le previno no regresara á Querétaro sopena de que se le pondria presa. En este pueblito escribió una carta, la que me fué transmitida por el coronel, y siguió su camino á San Luis Potosí, adonde se apeó en casa del coronel Bahmsen, el que la recibió con gran bondad.

Al mismo tiempo que fué removida de Querétaro la princesa, recibian órden de salirse de allí los ministros estrangeros en el término de dos horas. Estos eran los encargados de negocios de Austria, Bélgica é Italia; el ministro francés Mr. Danó, que lo mismo que Bazaine se habia casado con una señora liberal, no habia venido á Querétaro, y el Baron Magnus no habia vuelto de San Luis.

El encargado de negocios de Austria tenia tanto miedo que se marchó con la mayor precipitacion llevándose consigo el codicilo al último testamento del Emperador, sin ser este firmado. Sin embargo, como que el testamento fué firmado por tres testigos, el Baron Lago, Mr. Hooricks y el doctor Basch, el Emperador declaró ser válido.

Como que los diplomáticos tenian permiso de conferenciar con el Emperador, de una autoridad mas alta, del ministro D. Sebastian Lerdo de Tejada, podian haber rechazado la órden para salirse que les mandaba Escobedo, y de

esta manera haber quitado á esta órden perentoria el carácter humillante que tenia, que no dejó de ser algo mortificante para las grandes potencias á quienes representaban.

El Baron Magnus, que no era tan medroso, volvió de San Luis, y fué á ver al Emperador como de costumbre sin que se lo impidiera Escobedo. Si el Baron hubiera estado en Querétaro no habria acontecido todo el negocio, pues aunque él, como ministro prusiano no tenia las mismas obligaciones que los representantes de Austria y Bélgica, hubiera firmado las libranzas, y á no haber sido aceptadas en Viena, Prusia hubiera pagado esa friolera, y salvado al hermano del Emperador de Austria.

El 16 de Junio se me vigiló rigurosamente en la capilla, pero algunos de mis compañeros de prision que de vez en cuando entraban al pequeño patio, lograron cuchucarme algunas noticias sueltas. De esta manera supe que se habia condenado á muerte al Emperador. Tres de los jueces estaban por el destierro, y tres por la muerte, pero el voto del presidente era decisivo.

A cosa de las diez de la mañana vino á verme el coronel, el que á causa de su posicion tenia libre acceso, y me dijo que la sentencia habia sido ya confirmada por Escobedo, y que el Emperador, Miramon y Mejía, serian fusilados entre las dos y las tres.

Habia conseguido pluma y tinta del cabo cuarto, y escrito al Emperador suplicándole me dejara acompañarle en sus últimos momentos, y á cuya súplica no se negaría Escobedo. El coronel se encargó de llevar mi carta al Emperador. A cosa de la una volvió y me trajo el siguiente mensaje de mi desgraciado soberano: «Me enviaba su último abrazo y me daba las gracias por todo lo que habia hecho

por él. Conocia mi afecto y aunque mucho deseaba tenerme consigo, temia que me dejara llevar por mi ánimo perturbado, y esponerme de una manera que podia costarme la vida. Que ya se habia despedido del mundo, y que le afectaria demasiado hacer otro tanto de una persona que le era tan cara.»

Pregunté al coronel si no quedaba alguna esperanza; pero me contestó:—«Absolutamente ninguna; á las tres todo habrá terminado.»

El coronel estaba muy triste, pues si solo de él hubiera dependido, habria salvado la vida del Emperador.

—Oh! dijo él; ojalá y jamas hubiera conocido á Maximiliano!

Era yo su mas acérrimo enemigo, pero me ha ganado completamente con su porte sereno, sublime, y con su amabilidad. Al verle hace un momento, se me despedazaba el corazon, y no me avergüenzo de decir que me fuí á un lado y lloré.

Despues de que me habia dejado el coronel, di rienda suelta á mi dolor. Me eché en mi lecho y escondí la cara ante la estúpida mirada del centinela. A poco rato fuí sobrecojido por el ruido de tambores y música militar. Salté á la ventana con el corazon palpitándome. Aunque la elevada pared impedia la vista, podia oír distintamente las órdenes de los oficiales que estaban colocando á sus tropas en la alameda, y la que solo se hallaba á trescientos pasos de distancia de donde estaba yo; y como que Méndez habia sido fusilado allí, me imaginaba que igualmente lo seria el Emperador en ese lugar.

Eran mas de las dos. Escuchaba con agonía mortal, y puesto que me era dado oír hasta la última palabra de las

órdenes que daban, no podían menos que llegar á mis oídos los fatales tiros. Mas en lugar de ellos oí alegre música, y á las tres todo estaba de nuevo en silencio.

Mi escitacion en esos momentos era indescribible, y solo puede comprenderse por el que se haya encontrado en una situacion semejante. Esperanzas las mas descabelladas, y la mas terrible desesperacion se apoderaban una tras otra de mi corazon; era una agonía horrible que no podia sentir aun mas si yo mismo fuera conducido á la muerte. Este silencio de minuto en minuto llegó á ser mas opresivo, y de esta manera trascurrieron dos horas horribles.

Al fin cosa de las cinco, entró precipitadamente el coronel á la capilla y dijo:—«Por órden del Presidente se ha pospuesto la ejecucion hasta el dia 19 del corriente!» No pude abstenerme de abrazar al enemigo amistoso y preguntarle. «Lo cree vd. salvado?»—No quiero despertar falsas esperanzas en vd.; me dijo, pero segun mi opinion, se ha salvado.

Del coronel supe lo que habia ocurrido. El dia anterior habian llegado noticias de que la Emperatriz habia muerto. Miramon y Mejía estaban en duda de si se le debia comunicar ó no esta noticia al Emperador, pero al fin Mejía decidió que seria mejor hacerlo, y se encargó de dar esta triste noticia á su soberano. Hizo bien de dársela, pues aunque la primera impresion fué muy dolorosa, esta nueva le hizo la muerte menos sensible. La idea de la Emperatriz le atormentaba mas que cualesquiera otra cosa. Pronto se recuperó de la primera emocion, y le dijo al Dr. Basch:—«Esto es una cosa que hace tener menos apego á la vida.»

EJECUCION DEL EMPERADOR.

En la mañana del 16 de Junio á las once, vino el coronel Miguel Palacios, acompañado del general Refugio Gonzalez con un destacamento de soldados, y el último de estos dos leyó la sentencia de muerte al Emperador y los dos generales. S. M. la oyó con una sonrisa tranquila, y mirando su reloj, le dijo al Dr. Basch:—«Las tres es la hora citada; tenemos aun mas de dos horas, y fácilmente podemos terminar todo lo que hay que hacer.»

Llegó la hora fatal, y los tres sentenciados esperaban en el pazadizo al oficial encargado de la ejecucion. Se aguardaron una hora entera, y el Emperador como siempre conversaba con su confesor y dos de sus defensores. Al fin á las cuatro vino el coronel Palacios con un telégrama de San Luis Potosí, mandando se difiriera la ejecucion hasta el 19 de Junio. Esta noticia produjo en el Emperador la impresion mas desfavorable, pues habia ya acabado su mision en este mundo, y consideraba esta demora mas bien como una crueldad, conociendo demasiado á los mexicanos para creer en el perdon. Las tropas que estaban apostadas